

MATIAS PEREZ, EL HOMBRE QUE DESAPARECIO EN UN GLOBO.

NARRACION HISTORICA (Colección del Conde de Rivero)

Por el Conde del Rivero.

MATIAS Pérez fué un personaje cuyas peligrosas aventuras y lamentable fin contribuyeron a revestirle de cierto carácter legendario. No era cubano ni español; era portugués. Nadie supo nunca cuándo salió de su tierra, ni cuando llegó a Cuba.

Primeramente fué piloto. Luego abandonó el timón y la brújula por la tijera y la aguja. Fué el mejor toldero de La Habana. Los mejores toldos de las tres principales calles de su época: Mercaderes, Muralla y Obispo, fueron contruidos por el compatriota de Magallanes. Nadie extrañará que un portugués que llegó a ser en Cuba el "Rey de los toldistas", ambicionase llegar a ser conquistador del aire. Santos Dumont, hijo de portugueses, logró sesenta años más tarde conquistar el aire en París.

Desde que en 1828 el inglés Mr. Robertson se elevó en La Habana en un globo, las ascensiones acrobáticas estuvieron de moda.

Cuarenta y cinco años antes en Annonay, Francia, el 5 de junio de 1783, dos jóvenes franceses, hijos de un fabricante de papel, elevaron en un globo un gallo, un canario y un carnero. Antes de aventurarse por las regiones desconocidas del aire, enviaron a los tres animales; del mismo modo que Noé soltó una paloma antes de abandonar el arca. El globo ascendió, alcanzando una altura de quinientos metros y luego descendió gradualmente a través del aire hasta llegar al suelo.

Aquel mismo año, en París, en el Bosque de Bolonia, el joven naturalista llamado Pilatre de Rozier y el marqués de Arlandes, comandante de infantería, fueron los primeros seres humanos que volaron. La ascensión fué sumamente peligrosa, por cuanto el globo, que era de papel, estaba alimentado con paja quemada.

Los precursores de Matias Pérez

Pero antes de continuar con nuestro héroe, Matias Pérez, diremos que el inglés Mr. Robertson fué el primero que ascendió en globo en La Habana, en 1828. Cuando subió el británico, en el semblante de los habaneros se dibujó una mezcla de asombro y de ansiedad; pero cuando el navegante, desde la altura en que se hallaba, saludó tranquilamente al público, agitando un pañuelo de colores, de todos los pechos partió un grito de júbilo. El

aeronauta permaneció en el aire por espacio de veinticinco minutos. Se calcula que la altura que alcanzó debió de ser de unos mil metros.

En vista del buen resultado de la ascensión de Mr. Robertson, se llevaron a cabo en La Habana otras muchas pruebas. Desarrollóse una verdadera fiebre de globos. A mediados del siglo pasado, la población en masa se daba cita en los parques, calles, azoteas y plazas para contemplar su espectáculo favorito.

Y en verdad que motivos hubo para despertar tan general afición, pues se verificaron ascensiones notables por la intrepidez y arrojo de varios aeronautas, quienes mantenían entre sí cierta emulación peligrosa, que, dando pábulo a la curiosidad pública, los impulsaba a arrojarse en demasía.

El aeronauta francés monsieur Boudrias de Morat, preparó un globo de forma de calabacín; colocó en la barquilla una mesa con cuatro cubiertos; acopló carne, pan y vino para el grande y arriesgado viaje; preparó gruesos abrigos para el frío intenso que debía sentirse en las alturas. Pero nadie tuvo apetito; la mesa quedó puesta y los manjares no sufrieron el más leve mordisco. Y no fué porque no le pagaran las tres onzas oro que él pedía por el pasaje, sino porque el globo no se levantó más allá de un palmo de altura del suelo. "Los espectadores—dice un periodista de la época—admitieron de buena gana la excusa de que no habían podido prepararse el gas hidrógeno para inflar el globo, y se retiraron conformes".

Por segunda y tercera vez ocurrieron iguales o parecidas desgracias al aeronauta. "El Cometa", pues así se llamaba el globo, no subía. Una tarde, el público que había acudido a la Plaza de Toros de Carlos III a presenciar aquel espectáculo, se alborotó de tal manera, que el pobre monsieur Boudrias fué a parar, con globo y todo, por disposición del general Concha, a la cárcel.

Un escritor de la época, R. E. Maz, escribía en la "Ilustración Cubana", años más tarde:

El testimonio de un contemporáneo

"Monsieur Boudrias de Morat era un hombre pundonoroso que se esforzaba por dejar bien sentada su reputación ante el público habanero. Desechando el gas hidrógeno, y empleando el del alumbrado, logró, por fin, inflar su globo en el Cam-

po de Marte. Una tarde ascendió "El Cometa" majestuosamente, entre el clamoreo de la multitud, pero, a poco, se marcó la más viva ansiedad en todos los rostros. Al gozo y la alegría sucedieron el temor y el espanto. Fué aquello una carrera veloz, atropellada; coches, caballos, hombres, niños, mujeres; todos corrían arrollados, empujados. El general Concha destacó un piquete de lanceros. La carrera se emprendió por la Calzada de la Reina. El polvo, los gritos, los empellones, formaban en aquella ancha vía colosal balumba".

Allá en el fondo de la calzada, sobre las copas enormes de los verdes álamos, se alzaba imponente la colina del Castillo del Príncipe. Pronto la multitud, desparramada unas veces, unida otras, subió, trepó en su incansable carrera la colina; los lanceros, con sus cascos relucientes, con sus lanzas, en las cuales flameaban pequeñas banderas, agujonearon sus caballos y presto llegaron a la cumbre: parecía que se trataba de un asalto formal a la fortaleza. Pero no había tal cosa: todo consistía en que "El Cometa", el globo del malaventurado monsieur Boudrias, había sufrido en la tela un enorme desgarrón y bajaba, desde una altura considerable, con vertiginosa rapidez.

Los primeros que a la cima de la colina llegaron fueron los que primero pudieron ver, del lado de allá de la loma, a "El Cometa" hecho trizas, entre los arbustos y a monsieur Boudrias tendido a pocos pasos de su globo. Mas no se había causado grave daño el aeronauta, que, al conocer el peligro, con toda serenidad, se salió de la barquilla, se aferró a las cuerdas, y de esta manera salvó, casi milagrosamente, su vida. Algunas gotas de agua arrojadas al rostro y sendos tragos de aguardiente, volvieron los sentidos al desdichado viajero de los aires.

Tenaz, irresistible en su propósito, una tarde tempestuosa, a pesar de las grises y amenazadoras nubes que cerraban el horizonte, monsieur Boudrias volvió a inflar su globo en el Campo de Marte, y lanzándose a los aires, acreditó, en una magnífica ascensión, su habilidad y acierto.

El otro célebre aeronauta que competía ventajosamente con Boudrias de Morat fué el francés Godard, el maestro teórico y práctico de Matias Pérez.

Fué Mr. de Godard el que acompañó al astrónomo Camilo Flammarion en sus múltiples viajes aéreos a través del continente europeo. Quince años después, en el año 1871, cuando estalló la guerra entre Francia y Alemania, prestó, valiéndose de sus globos, muy señalados servicios a la causa francesa. Más tarde, después de Sedán, burlándose de las balas de los cañones prusianos, arrojaba desde la barquilla de su globo patrióticas proclamas del fogoso republicano León Gambetta.

La Habana como Paris

La Habana, antes que Paris, admiró al patriota, intrépido, arrojado y valiente aeronauta. Su globo, "La Ville de Paris", se exponía al público en el patio del teatro de Tacón. Por allí pasó todo el pueblo. Pero entre tantos admiradores, ninguno tan fanático como Matías Pérez, pues éste se pasaba horas enteras adorando el globo, que le merecía las mismas reverencias que un ídolo.

Una mañana, Matías Pérez le rogó a monsieur Godard que le admitiese como auxiliar suyo en sus ascensiones. Accedió el aeronauta; y dicen que el entusiasta y decidido portugués llenó su cometido con tal tino y seguridad desde el primer día que, definitivamente formó parte de la tripulación de "La Ville de Paris". Fué el más hábil y oficioso ayudante de monsieur Godard. Entre las chanzas de los espectadores, se movía como una ardilla, registrando el tubo conductor

del gas, colocando en buen orden cables y redes, preparando el par de pequeños globos pilotos, que tenía por costumbre ascender preliminarmente el aeronauta francés, antes de emprender la subida, para conocer la dirección del viento. De esa manera aprendió Matías Pérez el manejo de "La Ville de Paris".

El Campo de Marte estaba, a mediados del siglo pasado, cercado por una vasta reja de hierro, la misma que hoy rodea a la Quinta de los Molinos. Esta reja era sostenida, de trecho en trecho, por pilares coronados con balas huecas pintadas de negro. Por dentro de la verja se colgaba una larga lona para que no pudieran ver los curiosos que no abonaban el precio de la entrada.

A las cuatro, se abrían las grandes puertas de hierro y centenares de personas se apresuraban a escoger buen sitio para presenciar la entretenida operación de inflar el globo y demás preliminares de la ascensión. Las azoteas, ventanas y balcones de la estación del ferrocarril de Villanueva, de la casa de Aldama (hoy depósito de tabacos y cigarros de "La Corona"), la

del Obispo y todas las demás estaban completamente llenas de público; lo mismo que los árboles y farolas. Dentro, un impaciente y bullicioso homínigero humano esperaba con impaciencia la subida de "La Ville de Paris".

A las cinco y media, de una hermosa tarde de marzo, lento y majestuosamente se elevó el hermoso globo hasta las nubes, recibiendo una ovación estrepitosa. Acompañaban a monsieur Godard su esposa y Matías Pérez.

Todas las ascensiones de monsieur Godard fueron felicísimas. Una tarde salió haciendo arriesgados ejercicios en un trapecio que pendía de la barquilla, mientras su esposa dirigía el globo con segura mano. Otra vez ascendió montado a caballo. "El animal, suspendido por la cincha con un grueso cable atado a la barquilla, apenas notó que le iba faltando el suelo bajó los pies, quedó inmóvil, rígido, como un caballo de madera". Godard, montado en el animal, saludaba con una banderola a la multitud. En diez minutos atravesó el globo la ciudad y fué a posarse tranquilamente en Tiscornia al otro lado de la bahía.

Otro globo de Mr. Godard

Tenía monsieur Godard, además de "La Ville de Paris", otro hermoso globo, el "América", en cuya tela, pintada de azul, estaban dibujados el Sol, la Luna, Júpiter, Saturno y Venus. Era la barquilla de este globo mucho más grande que la del otro, pues podían ir en ella hasta ocho personas, muy cómodamente.

Los triunfos del aeronauta francés decidieron a Matías Pérez a lanzarse al aire por su cuenta y riesgo. Confiaba éste en las lecciones recibidas de su maestro en las innumerables veces que le había acompañado en sus ascensiones.

Lleno de intrepidez y arrojo, no vaciló un momento en anunciar su primera ascensión, "que realizaría sin más auxilio que el de la Providencia, y sin más esperanzas que la sociedad habanera, a quien la dedicaba".

Adquirió Matías Pérez "La Ville de Paris" por mil doscientos cincuenta pesos fuertes, que pagó a monsieur Godard.

El público había acogido con marcado escepticismo aquella ascensión. Se cruzaron apuestas sobre si ascendería o no el exagerado y popular portugués; si se remontaría mucho o si sufriría algún descalabro parecido al de Boudrias de Morat.

Una tarde, "La Ville de Paris" abandonó el suelo y ascendió entre el frenético clamoreo de sus admiradores. El globo se remontó a grande altura. Mas de repente hubo un momento de ansiedad e inquietud suprema en la multitud.

El novel aeronauta había dejado, con poco acierto, abierta la válvula de inflación. El gas se escapaba en gran cantidad y el globo bajaba con vertiginosa rapidez. Pero allá arriba, en el espacio, Matías Pérez, con serenidad y denuedo, se trepó por las cuerdas que sujetaban la barquilla y abrió la boca del globo y con sus brazos mantuvo ensanchada la abertura para que, penetrando por allí el aire, contrarrestase la rapidez del descenso, formando así el mismo globo un paracaídas. Con esta ingeniosa y arriesgada operación evitó el fuerte choque de la barquilla contra el suelo y se libró de segura muerte.

El relato de esta magnífica ascensión, en la que Matías Pérez superó a Boudrias y a Godard, contribuyó a aumentar la popularidad del toldero que, aunque nacido en Portugal, era considerado por los habaneros como del patio. Todos, se volvieron lenguas de su "fazaña heroica".

Y no volvió Matías Pérez

Pasaron unos días y otra tarde volvió a acudir el público al Campo de Marte para presenciar la segunda ascensión de Matías Pérez, quien la dedicó en versos, cosa muy de moda en aquella época, al bello sexo:

Al dedicaros, jóvenes hermosas,
mi segunda ascensión, el perfume
[amiento
fijé en vuestras miradas cariñosas,
en vuestro noble y nítido portento:
sois en la vida perfumadas rosas,
daís armonias al sonoro viento;
y cuando intrépido a los aires suba
¡Vivan—diré—las vírgenes de Cuba!

Aquella tarde el viento era muy fuerte y soplabá del sudeste. El globo subió bajo un cielo encapotado e impelido por el recio vendaval se dirigió hacia el mar, pasando por la Chorrera, en donde unos pescadores le gritaron que bajase, que ellos le auxiliarían con sus botes. Pero el ofuscado portugués les contestó arrojando varios saquillos de arena e internándose rápidamente en el mar.

Y nada más se supo de Matías Pérez. Desapareció para siempre, sin dejar tras sí otra huella que el recuerdo de su fatal aventura. Nadie supo, a ciencia cierta, el fin que le cupo: lo mismo pudo ser fulminado por un rayo, según afirman unos, que tragado por los tiburones, según arguyeron otros. Lo mismo pudo ser despedazado entre los picachos de los Andes, que entre los feroces indios de alguna isla del Caribe.

El clásico "choteo"

La trágica desaparición de Matías Pérez continuará siendo un misterio. Y lo peor es que su aventura, tradicionalmente, se cuenta en Cuba como algo de "choteo".

Orbe marzo 15/33